

enseñada por una parte la existencia de los espíritus malignos, y por otra la distinción esencial entre ellos y las almas de los hombres. Los espiritistas, pues, lo repetiremos una y cien veces, carecen de razón al querer confundir los unos y las otras.

La naturaleza de los seres que forma la escala gerárquica del mundo espiritual, es tan varia y distinta como el cielo de la tierra, y como la tierra de las regiones del aire que los separa y los uno á la vez.

## CAPITULO XXVI.

### SUMARIO.

*(Continuacion del asunto anterior)*

Las opiniones de los escritores citados eran las de las sociedades en que vivian.—Porqué no nos servimos de la autoridad de los Padres de la Iglesia.—Testimonios de los fundadores del protestantismo y de otros sectarios suyos.—Lutero en pláticas con Satanás.—Calvino, Melancton y Zuinglio.—Vosio.—Consideraciones sobre el protestantismo.—El ministro *anabaptista* M. Murrey atribuyendo los fenómenos espiritistas al diablo.—Igual opinion de un ministro *metodista* y de otro *congregacionista*.—Profesion de fé de Cocquerel.—El mismo Home reconociendo la existencia del demonio.

Como opinaban los escritores cuyas palabras hemos trascrito, opinaban Sócrates y Pitágoras, Aristóteles y Plutarco, etc., de quienes, por no

difundirnos más, suprimimos los pasajes que lo justifican. Y como pensaban estos filósofos, pensaban las antiguas sociedades en que vivieron, y de cuyas tradiciones eran los órganos. Ellos no hicieron otra cosa más que reducir á la escritura lo que sabian de sus antepasados y confirmaban con sus experiencias cotidianas.

En este punto, los Padres de la Iglesia, todos sin excepcion, creyeron lo mismo que los genios del paganismo, y esta conformidad universal entre adversarios que se encontraban á tan enormes distancias, es un argumento no poco persuasivo de verdad.

Era oportunidad de hacer valer su autoridad, de gran peso por cierto; tanto porque sus testimonios no han sido dados, sino despues de haberse aquilatado los hechos por sus vastísimas inteligencias, de haberlos depurado con el auxilio de su gran sabiduría, y de haberlos pasado por el cribal de su honrado, escrupuloso y fino criterio, cuanto por su venerabilísima antigüedad y grande proximidad á las épocas en que fueron más frecuentes y casi universales los fenómenos, que más que toda otra razon convencen de la existencia de su causa, y de ser esta los seres maléficos en que nos ocupamos. Pero ¿qué valen para los espiritistas sus tan insignes

testimonios! Si la misma verdad se les presentase, empero haciendo profesion de catolicismo, y llamándose cristiana, no creerian á la misma verdad, ¡Tan grande es el horror que tienen, tanta la rabia que les inspira todo lo que lleva ese, para nosotros, preciosísimo nombre!

En cuanto á los que creen, no han menester de ningun género de demostraciones, pues la existencia de Satanás y de sus ángeles es uno de los artículos del Credo, por que darian la vida.

No sucede igual cosa con los testimonios de las sectas separadas. Entre el protestantismo y el espiritismo hay cierta fraternidad, ciertas ocultas simpatías que el tiempo tiene de exponer á la publicidad. Semejante autoridad no podrá, por lo mismo, ser desairada, pues esto equivaldria á un parricidio.

No tomemos las cosas desde muy lejos; desentendámonos de los herejes primitivos que pueden considerar los modernos nigromantes como sospechosos. Hay mayores afecciones á la obra de Lutero y de Calvino, que á la de Arrio y de Paracelso, de Pelagio y de Mánes.

Los fundadores del protestantismo, que tantas libertades proclamaron, que á tantas independencias aspiraron, dejaron en pié al diablo, padre de toda esclavitud y exigente señor, que siem-

pre lleva levantado el cetro sobre los vasallos que se conquista.

Nada más explorado que esto; M. Becker se lamentaba de que Lutero *no hubiese pensado en purgar á la Iglesia de ese dogma* [el de la existencia de Satanás] *tan digno de ser condenado* (1). Esto le valió nada ménos que dejar de ser ministro de la *Iglesia evangélica* á que pertenecía.

En verdad no pensó en ello el furioso reformador, que habria sido ingrato negando la superior inteligencia, de la cual era inspirado, como no tiene embarazo en declararlo en las obras que dejó escritas. El diablo era, por decirlo así, su inseparable compañero, la Egeria que en medio de la soledad y de las tinieblas le dictaba la ley y le daba el diseño conforme al que debia construir el edificio de la *Reforma*.

Es curiosa la descripción que nos hace del coloquio y entrevista que tuvo con Satanás, que procuraba de convencerle con argumentos, y de obligarle á prohibir la misa privada. El demonio se le aparece en las altas horas de la noche. Lutero, á pesar de que su trato con él era ya familiar, se horroriza, suda, tiembla y siente

(1) *Diccionario de Ciencias Ocultas, Apéndice 1º, tomo 49, de la Enciclopedia Teológica de Migne.*

que le palpita el corazón de una manera horrible. Sin embargo, se inicia por aquel la discusión, que se sostiene por éste hasta no tener nada serio que oponer á la tenebrosa lógica del dialéctico infernal. "Entonces entendí, concluye el padrastro del *libre examen*, lo que sucede á menudo, de que mueren muchos repentinamente al amanecer, y es que el demonio puede matar ó ahogar á los hombres; y hasta sin esto los pone con sus disputas en tales apuros, que puede causarles así la muerte, como muchas veces lo he experimentado yo." ¿Puede haber reconocimiento más paladino, ni testimonio más autorizado? Se reconoce á Satanás, porque se le ha tocado con las manos: se da testimonio de que existe, porque es un hecho apoyado en la experiencia, no de un día, sino de muchos, no agena, sino propia.

Calvino, Melancton, Zuinglio, etc., no llamaban con voz unánime al pontífice de la Iglesia católica, *anticristo*, y á los católicos, *hijos de Satanás*, porque se figuraran que este no pasaba de un mito, sino porque creían en su verdad, más que en la verdad de los *nuevos símbolos* de la *religion* de que fueron sacerdotes.

Como pensaban los gefes, pensaban también los sectarios del protestantismo. ¿Qué cosa más

natural? Y no únicamente las masas que creen porque creen, sino las inteligencias superiores que creen porque raciocinan, como Leibnitz, Grossio, Vosio, etc.. En la carta que este último escribió acerca de la Pitonisa de Endor á un amigo y correligionario suyo, califica de ignorantes y de poco versadas en las Escrituras, á todas esas gentes, son sus palabras, que no quieren reconocer que el demonio haya tenido nunca comercio alguno con los hombres, y que creen que todo cuanto se refiere á las pitonisas y seres que se las parecen, no ha sido más que impostura y truhanería.

Tal opinión no fué propia solo de los tiempos en que la reforma religiosa nació, sino que ha sobrevivido hasta nuestros días. Esta circunstancia, tratándose del protestantismo, que como Proteo cambia de formas á cada instante, y como Penélope de noche desteje la tela que ha urdido durante el día, es de poner en alarma y en temor á los que viven y se conducen como si Satanás no existiera. En efecto, el protestantismo que varía tanto, que puede asegurarse que sus continuas variaciones forman su carácter distintivo y el fondo de su esencia, en este punto no ha variado, á pesar del trascurso de algunos siglos. Y si Bossuet exclamaba con razon

que lo que varía no es la verdad, nosotros podemos afirmar, de la misma suerte, que lo que no varía, lo que permanece, es la verdad, sea cual fuere el nombre que se le dé y la calidad de la persona que se lo dé.

Así ha sucedido, como puede certificarse de ello cualquiera, sin mas que arrojar una mirada y fijar un tanto cuanto la atención en el gran escenario de las religiones reformadas, donde tan frecuentemente se cambian las decoraciones y se representan dramas de distintos géneros, de los cuales no hay uno solo igual ni parecido siquiera á otro de una misma temporada.

En semejante variedad de escenas, en tal sucesion de cuadros, sin embargo, el ménos perspicaz podrá ver que hay un episodio que no falta, que más ó ménos felizmente dispuesto se encuentra en alguna parte; este episodio está revelando una cosa, y es que el protestantismo que hoy quema lo que ayer adoró, y mañana lo que hoy, no se ha resuelto á quemar lo que todos los días le sirve de tormento; que el protestantismo, que de todo ha prescindido y prescindido, no puede prescindir de Satanás.

Para simplificar, no tomemos las cosas desde muy atras, ni las vayamos á examinar á puntos

lejanos. Véamos cómo se discurría por los años de 1857 y en la república de los Estados Unidos, nuestra vecina. Elijamos las circunstancias que más roce tienen con el punto que se debate.

Era en esta nación, y por aquel tiempo, donde el famoso *medium*, que ya conocen nuestros lectores, Daniel Dunglas Home, comenzó á experimentar dentro de sí mismo y á observar en torno suyo el efecto de los fenómenos mágicos ó espiritistas, que la familia Fox había sacado ya á luz pública y que tenían preocupados los ánimos de todos. Una tia de este predestinado sacerdote de la Nigromancia, á cuyo lado vivía, que había oído hablar de los *espíritus golpeadores*, y que los juzgaba *muy mal*, pues para ella no eran otra cosa que demonios, consultó con tres ministros protestantes de diferentes sectas, sobre lo que debía hacer con su desgracido sobrino.

Mr. Murrey, anabaptista, desde luego creyó que tales fenómenos eran trabajos demoniacos, y procuró de hacerlos cesar por medio de la oración. Es curioso el pasaje en que M. Home refiere su entrevista con el ministro Murrey. "Después de haberme preguntado, dice, la manera con que me *había atraído* tales manifesta-

ciones, no habiéndole pedido dar respuesta satisfactoria, se resolvió á que orásemos juntos, para hacerlos cesar. Nos arrodillamos, y á cada invocación de los nombres de *Dios* ó de *Jesus*, se producían ligeros golpes en la silla y en diferentes partes de la pieza en que esto pasaba; y siempre que implorábamos la misericordia del Altísimo.... estruendos continuados se unían á nuestras fervientes oraciones (1)." He aquí de un lado la opinión y de otro el hecho, acordés en reconocer en el *agente invisible* de los fenómenos, al diablo: ¿Quién otro que el soberbio arcángel, que quiso ser como Dios, y se rebeló contra el Altísimo y fué después vencido por Jesus, podrá horrorizarse y temblar al oír pronunciar nombres tan augustos? ¡Desgraciado del ciego que, como Home, ve en este hecho una muestra de alegría divina, y no un testimonio de la rabia satánica!

Como el ministro anabaptista pensó el metodista; y el congregacionista, sin negar la posibilidad de que el diablo se las haya muchas veces con los hombres, por consolar á la tia, se limitó á decir que *que no debían ensañarse contra*

(1) *M. Home, Revelat. sur sa vie surnaturelle* P. 7, 9

un muchacho por hechos que no le era dado impedir (1).

Tenemos, pues, comprobado por este pasage, que el protestantismo no ha abjurado, sino por el contrario cree la existencia de Satanás, y esto á pesar de la versatilidad dogmática que le es característica, y que la creen no solamente los gefes sino tambien los fieles de las sectas reformadas.

Pero el protestantismo, se dirá, no está reducido á esas tres ramas del árbol que plantó Lutero, regó Calvino y han podado y podan los que han llevado y llevan su bandera. Está bien; pero no son ellos solos los que así piensan, es todo el clero protestante. "Este, dice Bizouard, que al principio habia negado y ridiculizado, obligado á reconocer los hechos, se ha conmovido y ha proclamado, en los púlpitos y en los periódicos, que esas manifestaciones eran obra del demonio (2)." Lo mismo aconteció en la Europa; y son notables las declaraciones, que el pastor protestante Cocquerel hacia en 1854 en

(1) *Ibid.* Véanse además sobre este punto las excelentes obras de M. Bizouard y del caballero Gougenot des Mousseaux, intituladas: "Des rapports del Home avec le demon" y "La magie au dix neuvieme siecle."

(2) Bizouard, Obra citada, tomo 6.º P. 145.

un sermón predicado ante un auditorio tambien protestante. En él, á pesar de que rehusa por las falsas razones que alega, su creencia á prodigios en el siglo XIX, y por lo mismo, á los del espiritismo, hace profesion explícita de fe respecto á la existencia de los demonios. "Creemos, predicaba, en la revelacion, en las profecías y en los milagros consignados en la Escritura hasta la muerte del Salvador. Despues cesamos de creer; sostenemos que ningun hombre puede predecir etc. Creamos en los ángeles y en los demonios; pero sea dicho, despues de Jesucristo, Satanás ha sido arrojado fuera del mundo; no puede, pues, encerrarse en un mueble y mezclarse en los actos humanos (2)." Asombra cómo, quien reconoce la verdad de las Escrituras, donde se palpa la intervencion de Satanás en el mundo, aun despues de la muerte del Redentor, se atreve, sin respetarse á sí mismo, á pronunciar las palabras con que termina el párrafo trascrito. Empero tanto más autorizada es su opinion cuanto más enemigo se muestra respecto del príncipe de las tinieblas, á quien despoja de todo poder. Decimos más autorizada, entiéndase para nuestros adversarios.

2) Bizouard. Obra citada tomo 6.º P. 407.